

## **ENCUENTROS EN VERINES 1992**

### **Casona de Verines. Pendueles (Asturias)**

#### **LAS PALABRAS DE LA TRIBU: Escritura y habla IN HILARIA**

Carmen Gómez Ojea

Las palabras escritas son mudas, letra de una música imposible que jamás sueña o, si se oye se percibe a través de algodones, como una adivinanza. Resulta algo excepcional y extraordinario que se sepa algo sobre la voz de los personajes de una novela. El narrador da, en cambio, información suficiente, incluso, en algunos casos, ociosa y excesiva, acerca del color, glauco u oscuro, de sus ojos, de la robustez o finura de sus piernas, de la brevedad de junco o anchura de tonel de su cintura, de las mallas negras o de la blancura de los dientes, de su carácter alegre o sombrío, de su opulencia o miseria; pero el lector ignora casi siempre si los personajes que viven en la historia que se cuentan hablan como una clueca o rugen igual que ogros hambrientos.

En las novelas todos los aconteceres ocurren tan silenciosos como en un fanal submarino, aunque sea del todo cierto que el silencio perfecto no existe, porque nadie puede experimentarlo ni vivirlo: alguien metido en una campana de cristal, en la que se hubiera hecho el vacío, sin duda escucharía los galopes de su corazón aterrado.

Escribir es un acto que no es sólo contar, sino también justificarse y hacerse perdonar. Hay un lenguaje oral, conversacional, callejero y urgente y otro amortiguado, de exhibición y pasarela que es el escrito, cuando la escritura no es algo bastardo que huele a fritanga, a lirios, a tabaquera que hidalgo y a cebolla de meteco. Desdichadamente da igual que la lengua escrita se utilice par a expresar condolencias a un viudo alegre por la muerte de su esposa idiota y chocarrera, o para reclamar una décimas de más en la puntuación de una prueba de levantar pesos o resolver un problema de conducción de aguas. La palabra escrita en el suelo, en la piedra o en la pantalla de un ordenador personal y doméstico, siempre tuvo hasta ahora mismo connotaciones divinas. La palabra hablada admite, en cambio, expansiones groseras,

acompañamiento de ruido y de gestos: es fugaz y volandera como el viento, y no está sujeta a pagar diezmos ni a recibir recompensas. La escrita, por el contrario, siempre será una dama, adornada de puntos, comas, tildes y signos de interrogación como garfios de verdugos que arrancan respuestas a preguntas directas, o de esos otros, semejantes a empalizadas de los campos de dolor, del susto, del júbilo o del asombro que son exclamativos. Ya nadie se acuerda de sus orígenes, como camarera al servicio de la memoria, flaca y caprichosa, incluso la de los druidas.

La escritura es el contraste del cantero y del masón, el triunfo del trabajador que, a pesar de la muerte, crea frente al que sólo mata y guerrea. La escritura requiere sosiego, un asiento cada vez más confortable, hasta que la comodidad de la silla y de la mesa puede permitir que alguien sea capaz de hacer una novela.

Muchos prefieren comerse las sardinas con los dedos, prescindiendo de la pala de pescado, y la mayoría desconoce la existencia de las pinzas para espárragos, y la misma cantidad de gente se inclina a manejar el teléfono para dar noticias, obtener información o respuestas, en lugar de encabezar una cuartilla con un muy señor mío; por lo mismo que no duda en coger ese aparato para hacer confidencias a un amigo muy lejano en la geografía, en lugar de sentarse ante un folio y tener que escribir la fecha y ese encabezamiento ocioso de querido fulanito, seguido de los dos puntos requeridos, respetando las leyes de tráfico de la redacción, y observando los espacios blancos entre los párrafos y demás normas, engorros y ceremonias.

La palabra escrita es una mascarita muda, a la que no todos tienen paciencias de quitarle la carátula. Escribir representa para la mayoría una actividad penosa, paralizadora e idiotizante, en cuanto que les supone verse obligados a ponerse la corbata o el corsé de los ringorrangos. Los médicos escriben sus informes utilizando como frayerundios, usando un habla brocadiana y degenerada. Los raros amantes que se mandan cartas se valen de frases viejas y sin frescura como hebras de bacalao tieso para decirse que se quieren.

Los niños del globo que se cartean entre sí, merced a las revistas y dominicales de diarios gordos e importantes, en cuartillas decoradas con motivos disneylandianos, repiten frases televisivas y de fotonovela. Los jóvenes autores del texto de canciones que pretenden ser abrasivas como chorros de vitriolo son dóciles trovadores de blasfemias ripiosas y paupérrimas metáforas, y es el suyo un lenguaje, en suma, engendrado a escote de muchos eyaculadores aguachirleros, el propio, ni más ni menos, de quienes se someten a la rima del aa/aba y del ía/ía, porque sienten, como casi todos,

palpitaciones de espanto a no seguir las recetas y guías de comportamiento para circular por el mundo de las Letras, un miedo insuperable un temor reverente al acto de hacer de barqueros de sí mismos, traduciendo al papel lo que guardan en el corazón y en el cerebro.

En cuanto a los que tienen como oficio y beneficio el mester de escribir, el ocio y negocio de hacer literatura, muchísimos son también quienes sufren angustias, escrúpulos y bloqueos, por no atreverse de una vez a arrearles una buena patada a andadores y asideros, y echar a correr mojándose en los charcos y metiéndose en andurriales prohibidos. Sólo unos cuantos son unos atrevidos, con el coraje suficiente para matar a los padres espirituales, a tutores y castradores, y usar y abusar de las palabras con todo amor y absoluta irreverencia, sin andarse con remilgos y renuencias.

La parcelación del lenguaje, los setos espinosos que separan la lengua hablada de la escrita, la propiedad privada de voces detenta por parte de tribus y gremios, la prohibición de que se codee un sustantivo culto con un epíteto plebeyo, o que se sienten en la misma línea uno viejo y venerable y otro callejero y tabernario, el encierro en el cuarto oscuro de los diccionarios de términos que por sí solos pueden iluminar todo un folio, son acciones estúpidas y malvadas.

Los escritores necesitan libertad, como las plantas verdes el sol y el agua; pero deberías cumplir, no obstante, con escrupulosidad y fanatismo la ley del celibato, y no casarse con nadie: mientras anden mirando con ojos ansiosos hacia los lados para respetar las señales y vayan por ahí maridados con mandamases y legisladores que los enfilen por lo trillado y segado, publicarán libros indudablemente, y serán aplaudidos por manos blancas de condes y madamas con peinados de rocalla, recibirán plácemes y cheques, y los escolares comentarán sus textos; pero en lo suyo, que no es otra que lograr, sanar, revivir, fecundar, dar brillo y calor, y enfriar ardores en la tierra de todos y de nadie que es la lengua, manteniendo en danza su llama, en unos tiempos moribunda, en otros arrebatada, no serán todos ellos más que una caterva de pobres diablos inofensivos, unos gnomos tímidos y apocados y, a pesar de sus posibles dones y poderes, unas malditas higueras secas.